

EMILIO FERRARI

Poemas vulgares

I

CONSUMMATUM.—EN EL ARROYO

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

—
1891



R. 119.607

Al gran escritor e ilustre crítico
D. Juan Valera, en testimonio
de consideracion, afecto y
gratitud,

Su invariable amigo y admirador
devotísimo

Emilio Ferrer

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

Los dos poemitas que me resuelvo á ofrecer al público en este libro son el primer ensayo de una serie proyectada.

La tendencia á que obedecen, predominante en algunos poetas modernos, tales como Francisco Copée ó Eugenio Manuel, no es nueva del todo en la literatura, y sin remontarnos á tiempos anteriores, hállase ya formulada por el coloso de la poesía francesa, Víctor Hugo, en cuya obra compleja y vastísima ocupa lugar más ó menos secundario. No puede, empero, desconocerse que en la actualidad es cuando esta tendencia se manifiesta con cierto linaje de supremacía, cultivada bajo diversas formas y con mayor ó menor preferencia por casi todos los poetas contemporáneos; y en España misma, donde así la tradición literaria como el genio de la lengua la hacen, de consuno, harto difícil, ha alcanzado superior perfección en manos de dos de los más ilustres. Esto, para no referirnos á otros géneros, ni hablar de las demás artes, en todas las cuales adviértese análoga propensión é idéntico influjo.

Reconociendo, como no puedo menos de reconocer la legitimidad con que estos aspectos

comunes y sencillos de la vida, sistemáticamente desdeñados ó proscriptos por algunos, reclaman la atención del pensador y del artista, no los recibo, sin embargo, á título exclusivo, ni mucho menos me avengo á considerarlos como la fórmula suprema del arte moderno. Antes bien, juzgo que no deben ocupar en él más espacio que el que en la realidad ocupan; entendiendo, por otra parte, que como asuntos artísticos han de ser mirados por el artista, el cual, sin divorciarse de la verdad, pero subordinándola á su objeto, habrá de proponerse ante todo, extraer de ellos la belleza que contengan, destilar, si así cabe decirlo, su *substratum* poético.

El primero de los poemas que contiene este libro fué escrito para la obra que con el título *Los Meses* ha editado una importante casa de Barcelona, y no es, por tanto en el fondo sino una especie de alegoría poemática; errará quien al juzgarlo pierda de vista este carácter, determinado por la circunstancia que concurrió á su concepción. El segundo es un sencillo episodio en que he intentado aplicar á un asunto moderno las formas populares y castizas, vertiendo así *el vino nuevo en odres viejos*.

Tal cual son los presento humildemente, confiado en la benevolencia con que tanto el público como la prensa han recibido mis obras anteriores, benevolencia por la cual faltaría á un deber si no les rindiera aquí sincero testimonio de profundo reconocimiento.

E. F.

CONSUMMATUM

(ALEGORÍA DE OTOÑO)

Tal cual son los presantos humildemente, con-
hido en la benevolencia con que tanto el pú-
co como la prensa han recibido estos ante-
teriores benevolencia por la cual tal vez a un
deber si no los recibiera con tanta testimonio
del profundo reconocimiento.

E. P.



CONSUMMATUM

~~~~~

### I

**Q**UIEN se complazca en el adusto invierno  
vaya á buscarlo coronando eterno  
las graníticas cumbres de la sierra,  
desde las cuales, con impulso aleve,  
cáe sacudiendo plumazón de nieve  
sus alas al batir sobre la tierra.

### II

Cuando un ensueño juvenil de amores  
pensar os haga en las tempranas flores  
y en las nidadas que el verdor cobija,  
no hallaréis un lugar donde se ostente  
como en el valle, espléndida y riente,  
la primavera, que del valle es hija.



## III

Mas si vuestra alma simpatiza triste  
con el otoño, que su luto viste,  
y huís los valles y esquiváis los montes,  
venid del llano á la extensión baldía,  
donde la universal melancolía  
se dilata en inmensos horizontes.

## IV

En un rincón de tierra castellana  
que desde el sitio próximo en que mana  
cruza Pisuerga entre campiña verde,  
antes que deslizándose rastrero,  
pague tributo al caudaloso Duero  
donde su nombre con sus aguas pierde,

## V

se alza en la orilla del camino, al coto  
de otra heredad, y entre viñedo y soto,  
una rústica granja en un ribazo,  
con sus cuadras, graneros y corrales  
y algunas tierras de labor, que, eriales,  
cúbrese de cizaña y de lampazo.

## VI

Hace ya muchos años que desierta,  
sin que se abra jamás aquella puerta  
que el viento azota, y la humedad carcome,  
con tristeza la mira el aldeano  
de los contornos, aguardando en vano  
que un sér viviente á su dintel asome.

## VII

En su huerta poblada de cicuta  
pica el gorrión, á su placer, la fruta  
que en los tronchados árboles se daña;  
por sus desvanes el vencejo vuela,  
y el polvo tupe la viscosa tela  
con que entapiza el paredón la araña.

## VIII

No canta el gallo en su interior, erguido  
sobre las bardas del corral, ni al ruido  
ladra el mastín en vigilante acecho,  
ni la campana del fogón humea,  
ni la noria, chirriando, forcejea  
para regar el almorrón deshecho.



## IX

No se qué extraña sensación de frío,  
qué malestar de ausencia y de vacío,  
produce al caminante aquella ruina,  
cortando sobre el pálido celaje  
la monótona línea del paisaje  
á la luz de la tarde que declina;

## X

qué sombra de tristeza en la explanada  
proyecta obscura, silenciosa, aislada,  
descubriendo al través de cada reja  
toda la horrible destrucción que, acaso,  
más que las olas ni el incendio, el paso  
de la desgracia, irreparable, deja.

## XI

Allá, de noche, cuando en luz pajiza  
baña la luna su pared terriza  
que poco á poco, hiéndose y desploma,  
y en su desnuda tablazón el yeso  
finge la mate lividez del hueso  
que tras la llaga, descarnado, asoma,

## XII

parece una gigante calavera  
que por disforme maxilar tuviera  
del balcón los balaustres desiguales,  
cien recónditas grietas por suturas,  
y por cuencas sin luz, las aberturas  
de sus hondas ventanas sin cristales.

## XIII

Triste es la historia que de aquella casa  
suele contar el leñador que pasa  
con su haz al hombro hacia el lugar cercano,  
tal vez sobre sus ásperas mejillas  
enjugando una lágrima á hurtadillas  
con el revés de la callosa mano.

## XIV

Y así, entre tanto que su ruin techumbre  
se desnivela, y que humedad y herrumbre  
desgastan la armazón de sus pilares,  
por su pared, entre torcidas barras,  
trepa el espino, que con duras garras  
parece asir los trémulos sillares.



XV

Cierto día á principios del otoño,  
cuando viste su púrpura el madroño,  
y el racimo se dora en el majuelo,  
mientras desapacible ventolina  
la pálida hojarasca arremolina,  
con niebla gris encapotado el cielo,

XVI

pudo ver con asombro el campesino  
que, barbechando el pegujal vecino,  
conducía la yunta fatigada,  
por detrás de las tapias de la huerta  
parar un coche ante la misma puerta  
de la pobre mansión deshabitada.

XVII

Una mujer cuyo interior quebranto  
se desbordaba en silencioso llanto  
reprimido en sus ojos largos días,  
bajó, y en pie junto al umbral obscuro,  
mil veces, reclinándose en el muro,  
besó sus piedras húmedas y frías.

## XVIII

Luego, alzando su faz pálida y bella como el dolor, en que estampó la huella de infames noches el insomnio ardiente, abrió y entró. Bajo su doble calma, lóbrego el sitio y tenebrosa el alma, quedaron un minuto frente á frente.

## XIX

Ella nada expresó; pero en el hueco mudo edificio, despertando al eco de sus pisadas con rumor confuso, dijerasé que de diverso modo, conjuración de lo impalpable, todo como una sorda resistencia opuso.

## XX

La puerta de podridos travesaños que descansara, inmóvil, tantos años sobre los pernios de su quicio tosco, no se apartó sin recrujir pesada, como guardián que, á su pesar, da entrada refunfuñando soñoliento y hosco.



## XXI

A tiempo que, entre tímidos y hostiles,  
asomaron el cuerpo los reptiles  
por las socavas de la tapia en ruina,  
bajo sus pies, las removidas losas  
chocaron en el patio, temblorosas,  
cual dientes que la cólera rechina;

## XXII

y en una bocanada de aire frío  
que al recorrer el ámbito vacío  
su polvo removi6, con vuelo incierto,  
una nube de pájaros huída  
precipitóse hacia la luz, cernida  
por el resquicio en el postigo abierto.

## XXIII

Absorta, inmóvil la infeliz durante  
la eternidad que compendió el instante  
transcurrido en mirar una y mil veces  
tantos objetos de su bien testigos  
cual de su error, en los que en vez de amigos  
no hallaba ya sino implacables jueces;

## XXIV

qué fué lo que pasó por su conciencia  
dígalo aquel que tras de larga ausencia  
volvió de nuevo á contemplar con gozo  
los árboles del fundo hereditario,  
al pie de cuyo tronco centenario  
jugó de niño, y deliró de mozo.

## XXV

Pues aquella mujer, como se lanza  
la inadvertida alondra á la asechanza  
del espejuelo seductor, hace años  
abandonó su hogar pobre y sencillo  
para seguir, cegándose á su brillo,  
de la ambición los pérfidos engaños.

## XXVI

Por aquel mismo umbral salió una noche  
—bien lo recuerda, y con tenaz reproche  
se lo echa á gritos su conciencia en cara—  
y desde entonces ya, no hubo momento  
en que un jirón de su virtud, sangriento,  
en la aspérrima senda no dejara.



## XXVII

Tras dolorosa expiación, ahora  
tumba viene á buscar la pecadora  
bajo los restos de su edén perdido.  
Por más que el ave se remonte ciega,  
¡ah! no extrañéis, cuando la tarde llega,  
verla volar en derredor del nido.

## XXVIII

¡Con qué emoción en cada objeto mira  
toda su infancia renacer, y aspira  
de su pasado el virginal perfume,  
sin atreverse ni á alentar siquiera,  
cual si el encanto deshacer temiera  
en que tan grata evocación la sume!

## XXIX

Quedo después, adelantando á modo  
de ingrave sombra, lo recorre todo,  
de la amplia cueva al palomar obscuro;  
palpa, registra, sin cesar va y viene,  
al pie de cada tronco se detiene,  
y se abraza á cada ángulo del muro.

## XXX

Quiere medir lo que creció el castaño  
que ella plantara, examinar el daño  
que hizo en la higuera la tenaz sequía,  
escuchar si aún el agua en las corrientes  
murmura aquellas cosas incoherentes  
que en otro tiempo, enajenada, oía.

## XXXI

Nombra los sitios, á las piedras habla,  
en el hortal cada deshecha tabla  
le arranca un grito de profunda pena,  
y se arrodilla sobre el musgo blando,  
por los senderos del jardín buscando  
las huellas de los suyos en la arena.

## XXXII

Por fin, penetra en el recinto estrecho  
del pobre hogar. Bajo el paterno techo  
lo mismo todo; en su interior se ofrece  
tan vivo el cuadro de la edad pasada,  
que al abarcarlo en rápida ojeada,  
rendida á los recuerdos, desfallece.



## XXXIII

¡Ay! es la misma habitación, abierta  
por dos ventanas á la alegre huerta  
y á una aranzada, cuando más, de viña,  
donde aún, ennegrecidas por las moscas,  
cubren los muros las estampas toscas  
que no miraba sin terror, de niña.

## XXXIV

Allí, sobre la antigua rinconera  
está, entre palmas, el Jesús de cera  
que con dijes y cintas se engalana,  
y más allá, con la labor de pelo,  
pende de un clavo el deslucido velo  
de su primera comunión cristiana.

## XXXV

No puede más. En la mortuoria alcoba,  
junto al mísero lecho de caoba,  
se le arrasan en lágrimas los ojos;  
y besando la cruz que en la agonía  
su desolada madre besaría,  
sin fuerzas ya, desplómase de hinojos.

## XXXVI

Recuerda entonces cuando en vil hartura,  
públicamente fué de su hermosura  
subastando al amor los desperdicios,  
y arrastrando, en fastuosas bacanales,  
por todas las modernas capitales  
como una regia púrpura sus vicios.

## XXXVII

Cuando en la ociosidad de sus salones,  
con el olor que en índicos jarrones  
los arbustos del trópico exhalaban,  
gozábase con lánguido mareo  
en aspirar las flores del deseo  
que á sus pies, retorciéndose, brotaban.

## XXXVIII

Cuando, insaciable, en vergonzosos lazos,  
pasaba de unos brazos á otros brazos  
sin ajustar la desceñida ropa,  
el corazón rompiendo en que bebía,  
como se rompe, al despuntar el día,  
vaciada ya, tras el festín, la copa.



## XXXIX

Cuando al mentir adoración sus ojos,  
temblaba al borde de sus labios rojos  
el vil sarcasmo, que clavaba artera,  
teniendo ora irritable, ora indolente,  
ya el pérfido ondular de la serpiente,  
ya el brusco acometer de la pantera.

## XL

Que así, amarrada en su triunfal martirio  
al corcel de Mazeppa de un delirio,  
toda barrera al desenfreno rota,  
fué subiendo, tarima por tarima,  
las gradas del escándalo, esa cima  
donde se halla, á la vez, trono y picota.

## XLI

¡Cuán diferente su existencia en medio  
de aquel agreste y solitario predio  
en cuyo albergue tutelar segura,  
vió transcurrir los años de su infancia  
en el temor de Dios, y en la ignorancia  
de las pasiones, inocente y pura!

## XLII

Aquel gozoso despertar, apenas  
llamaba á las domésticas faenas  
el desvelado gallo en los corrales,  
para bajar, desperezando el sueño,  
á migar en el rústico barreño  
la sopa destinada á los zagales;

## XLIII

aquellas expansiones placenteras  
por la tarde, á la vuelta de las éras,  
ó del río en las márgenes vecinas;  
los infantiles cuentos y canciones  
oídos al amor de los tizones  
en las gratas veladas campesinas;

## XLIV

la flor cuidada en el humilde tiesto,  
el lecho en un rincón, limpio y honesto,  
donde soñó su juvenil poema,  
y aquel armario en que del blanco hatillo  
se exhalaba el aroma del membrillo,  
y el familiar olor de la alhucema.



## XLV

Tocaba el sol, de claridad ya escaso,  
la enrojecida línea del Ocaso  
cuando volviendo en sí la cortesana,  
se incorporó con angustioso anhelo,  
y no andando, arrastrándose en el suelo,  
fué á buscar aire y luz á la ventana.

## XLVI

Abrió de par, <sup>en par;</sup> llevó á su frente  
juntas las manos, como si algo ardiente  
de ella arrancara, y descompuesto el traje,  
pálida, y destocada la cabeza,  
se quedó contemplando con tristeza  
la tristeza infinita del paisaje.

## XLVII

Delante las llanuras amarillas,  
inmóvil mar sin términos ni orillas,  
se extienden en confusa lontananza,  
salpicadas de pardos lugarejos,  
hasta ir desvaneciéndose á lo lejos  
tras el confín á que la vista alcanza.

## XLVIII

Reina en su triste majestad Octubre.  
Ya el campo yermo de aridez se cubre,  
y desolado el bosque se despuebla,  
mientras va por recuestos y cañadas  
subiendo en ondulantes marejadas  
para anegar los páramos, la niebla.

## XLIX

Desde el aislado torrëon, las aves  
al emigrar hacia los climas suaves  
antes que el duro temporal se inicie,  
pasan en negro, silencioso bando,  
que á lo lejos se pierde, proyectando  
una mancha de sombra en la planicie.

## L

Al pie del árbol despojado, ruedan  
mustias las hojas, que al crujir remedan  
ayes de angustia, y que con vano esfuerzo  
se alzan, al soplo equinoccial que brama,  
cual si aun tendiesen á vestir la rama  
de que en montón las arrebató el cierzo.



## LI

Faja de polvo, por la azul ladera  
se dilata la angosta carretera  
sola y desierta, hasta el pinar bravío,  
y más allá, tras de la curva loma,  
tintas siniestras y plumizas toma  
bajo los fresnos, cenagoso, el río.

## LII

¡Cuán solemne quietud! Es el momento  
de íntimo y celestial recogimiento  
en que se abisma y reconcentra el mundo,  
la corona de rosas de la fiesta  
deshojando en el polvo, en que recuesta  
su helada frente el año moribundo.

## LIII

Sobre su lecho que agostó el solano,  
postrada por las fiebres del verano,  
naturaleza, que por fin reposa,  
cediendo á un suave bienestar, parece  
que al letárgico influjo languidece  
de una convalecencia voluptuosa.

## LIV

Se siente una tristeza indefinible,  
un sopor de las cosas, apacible,  
una impresión de soledad y olvido;  
y todo descolórase y esfuma  
tras un vapor en cuya tenue bruma  
dijérase que flota sumergido.

## LV

¡Hora en la vida, de contrastes llena,  
que es ansia vaga y placidez serena,  
mudo estupor y religioso encanto,  
penumbra de misterios, indecisa,  
último resplandor de una sonrisa  
que se deshace, resignada, en llanto!

## LVI

Ante el cuadro otoñal que la circunda,  
en su otoño también, la moribunda,  
tenaz mirando la campiña escueta,  
en lo exterior, absorta, se abismaba,  
y entre su duelo y el del mundo hallaba  
íntima unión y afinidad secreta.



## LVII

Pensaba. ¿En qué? Por el espacio inmenso  
dejaba errar su espíritu suspenso  
casi ya libre del terreno lodo,  
y embebecida, transportada, inerte,  
sentíase morir de aquella muerte  
dulce y tranquila en que nadaba todo.

## LVIII

Es que explorando la pendiente oscura  
de la abstracción, el alma, que procura  
romper la cárcel en que gime opresa,  
baja por tenebrosas espirales  
á profundos abismos, de los cuales  
con la obsesión y el vértigo regresa.

## LIX

—«Ven,—sollozaba—si á mi encuentro vienes,  
¿por qué ya te detienes  
oh sueño de la muerte apetecido?  
Tú no harás más que completar la obra  
de esta interna zozobra  
que produce la muerte y no el olvido.

## LX

«Cuando podrido el fruto se doblega,  
    piadoso el viento llega  
que de la rama trémula lo abate.  
Pues doblegada por el mal me siento,  
    ¿porqué no se alza el viento  
que al yugo de la culpa me arrebate?

## LXI

«Tal vez, desconsolada sucumbiera  
    sin ver por vez postrera  
estos lugares que el recuerdo habita;  
pero aquí, ya me duele tu retardo,  
    aquí, con ansia aguardo  
la hora feliz de nuestra eterna cita.

## LXII

«¡Ójala nunca,—prosiguió—dejara  
    su paz en que hoy gozara  
de un venturoso hogar los regocijos,  
contemplando, al nevarse mi cabello,  
    colgados á mi cuello,  
santa corona de la edad, los hijos!



## LXIII

»¡Oh qué cruel, pero también qué justa,  
naturaleza augusta,  
vengas cuantos agravios se te infieren;  
y cómo á todo el que te infringe, alcanzas  
con esas tus venganzas,  
que ocultas llegan, é implacables hieren!

## LXIV

»¿En qué erizada, impenetrable gruta,  
la bestia no disfruta  
del maternal amor las alegrías?  
¿Sobre qué risco, en montaraz paraje,  
el águila salvaje  
no labra un nido en que abrigar sus crías?

## LXV

»¿De qué peñasco brotará la zarza  
que en derredor no esparza  
la semilla prolífica que encierra?  
¡Solo, Señor, tu predilecta hechura,  
la humana criatura,  
puede pasar sin rastro por la tierra!»

## LXVI

Las manos extendió tras esta frase,  
cual si otra vez por rechazar pugnase  
una legión de espectros vengativos;  
cruzólas, muda, en ademán de ruego,  
y el rostro en ellas sepultando luego,  
prosiguió entre sollozos convulsivos:

## LXVII

«Herida corre al manantial la cierva,  
que en la huida conserva  
el rejo del arpón en su costado;  
tal corro al bien que por desdicha pierdo,  
sangrando del recuerdo  
siempre en mitad del corazón clavado.

## LXVIII

»Aun pienso verme en la Babel, perdida,  
al acaso aturdida  
dejándome arrastrar por su tumulto;  
sola en aquel Occéano viviente  
en que el mortal se siente  
del mismo Dios á la mirada oculto.



## LXIX

»Aquella noche,—¡en vano se suceden  
los años si no pueden  
triunfar de la memoria en el culpable!—  
aquella noche, trastornada, loca,  
sin preces en la boca,  
velaba en mi tugurio miserable.

## LXX

»A mis oídos susurraba, en torno,  
palabras de soborno  
la tentación, de mi virtud avara,  
mientras rugía la ciudad por fuera,  
lo mismo que una fiera  
que su presa, impaciente, reclamara.

## LXXI

»Salí. No bien, horrorizada, anduve  
un paso, me detuve  
y alcé los ojos á la altura; en ella,  
sobre un círculo azul, entre jirones  
de espesos nubarrones,  
sola brillaba y tímida una estrella.

## LXXII

»Ver creí el alma de mi madre, el velo  
desgarrando del cielo  
para mirarme desde el cielo mismo.  
Arrepentida me sentí ó cobarde;  
quise huir, era tarde:  
venció la fiebre, y me tragó el abismo.»

## LXXIII

Trémulo el labio, y el color difunto,  
volvió, de nuevo, á interrumpirse un punto,  
y una tos seca retumbó en su pecho,  
como croajar fatídico y aciago  
del voraz buitre que con sordo estrago  
se apacentaba en su pulmón deshecho.

## LXXIV

Un postrer rayo de la luz del día,  
pálido, oblicuo, sin calor, hería  
lo alto de las paredes de la huerta,  
y entre reliquias del verdor de Mayo,  
solo una mariposa en aquel rayo  
de sol nadaba, entumecida y yerta.



## LXXV

Y la mujer, mirándolo un momento,  
por el mar de su propio pensamiento  
zozobraba á merced del desvarío,  
así anudando, del sepulcro al borde,  
su solitaria confesión, discorde  
monólogo de un alma en el vacío:

## LXXVI

— «Yo también tuve mi ideal palacio  
    alzado en el espacio  
por cima de las nubes de colores,  
hecho por la Ilusión y la Fortuna  
    de sueños y de luna,  
para albergar fantásticos amores.

## LXXVII

»Mas ¡ay! lo que en el viento se construye,  
    el viento lo derruye,  
y el mundo aquel que soporté en mis hombros,  
aquel alcázar que elevé en mi mente,  
    se hundieron de repente,  
sepultándome viva en sus escombros.

## LXXVIII

»¿Qué cantan las locuaces golondrinas  
que á las torres vecinas  
tienden el vuelo entre la bruma opaca?  
¿qué dice ese rumor de los pinares,  
igual al que en los mares  
produce la succión de la resaca?

## LXXIX

»¿Qué me queréis, imágenes risueñas,  
amor que me desdeñas,  
goces del mundo, halagos de la suerte?  
¿por qué venís, en jubilosa danza,  
á hablarme de esperanza  
en los mismos umbrales de la muerte?

## LXXX

»Sólo espero en la tierra de la fosa,  
que oscura y silenciosa  
bríndame sus amores inmortales,  
que quebranta del mal la servidumbre,  
que toda podredumbre  
sabe trocar en lirios virginales.



## LXXXI

»Si os merecen perdón mis extravíos,  
¡oh padres, padres míos!  
hacedme un sitio en el sepulcro estrecho;  
un sitio entre ambos, á que en paz me ciña...  
¡igual que el que, de niña,  
solíais concederme en vuestro lecho!

## LXXXII

»Pero antes que en la tumba os acompañe,  
dejadme que la bañe  
hora tras hora, con mi acerbo llanto;  
¡que horror me causa imaginar que un día,  
mientras yo estremecía  
quizá, el burdel con licencioso canto,

## LXXXIII

»allá, al final de la olvidada senda,  
donde ni humilde ofrenda  
ni tosca cruz depositara el duelo,  
sobre esa tumba, con rumor doliente,  
caerían solamente  
las compasivas lágrimas del cielo!»

## LXXXIV

Y al decir esto, exánime, á su planta  
faltando tierra, y voz á su garganta,  
sobre el húmedo alféizar se reclina,  
á tiempo que de lejos, á su oído  
llega, creciente, el bullicioso ruido  
de alegre turba que hacia allí camina.

## LXXXV

Es la gente del campo que á la aldea  
torna tras de la rústica tarea  
de la vendimia, en juvenil parranda,  
confundidos las mozas y los mozos,  
con francas risas y ágiles retozos,  
en grupos mil que el júbilo desbanda.

## LXXXVI

Conforme avanzan hacia allí, conforme  
llegan, redobla su algazara enorme,  
y un manso viento, que propicio sopla,  
tráe de la enferma al corazón contrito  
el general y prolongado grito  
que pone fin á la festiva copla.



## LXXXVII

Siguiendo á los ociosos capataces,  
unos al cuello, agavillado en haces,  
tráen el sarmiento ó la ramiza de olmo;  
otros cargan los cuévanos, no enjutos  
aun de la miel de los dorados frutos  
con que antes al lagar fueron en colmo.

## LXXXVIII

Ellas sudosas, encendidas, cantan  
á compás del pandero, que levantan  
lleno de cintas, con gentil desgarró,  
y no logrando que la sed se aplaque,  
descuelgan ellos, á menudo, el zaque  
suspendido á una vástiga del carro.

## LXXXIX

Encima de él, activos y forzudos,  
cuatro gañanes con los pies desnudos  
pisan el desperdicio de las uvas,  
con lo que un caño de ambarino mosto,  
del ambulante lagarejo angosto  
cáe por la zaga á las pendientes cubas.

## XC

Y atrás, tiznados por las frescas heces,  
rotos, descalzos, en montón á veces  
rodando al agolparse á la barrica,  
los traviesos muchachos forman corro  
para beber, de bruces, en el chorro,  
que de pies á cabeza los salpica.—

## XCI

Aquel gentío se aproxima, pasa  
cantando al pie de la vetusta casa  
por el camino vecinal, y al ruido,  
la moribunda se incorpora, lucha,  
y aún anhelante, esperanzada, escucha,  
toda el alma poniendo en el oído.

## XCII

¿Cómo de aquellas conocidas voces  
en que palpitan familiares goces  
resistir á la magia persuasiva?  
¿cómo no ver, á su campestre coro,  
la juventud sobre sus alas de oro  
cruzar, cual nunca luminosa y viva?



## XCIH

¡Oh dón fatal de la memoria, hiena  
que á cada instante, la sepulta pena  
desenterrando, en su cadáver hozas;  
tú en dolor, con el placer pasado  
nos atormentas, y el placer logrado,  
con el dolor en corturbar te gozas!—

## XCIV

Descompuesta la faz, con el cabello  
suelto en desorden y pegado al cuello  
por el sudor glacial de la agonía,  
abalanzada á la ventana abierta,  
sólo en un grito á prorrumpir acierta  
la desdichada, que socorro ansía.

## XCV

Pero en un grito de esos que estremecen  
el alma entera, que abarcar parecen  
la escala del humano sufrimiento,  
que contienen en sí desde el ronquido  
del estertor, al trémulo alarido,  
desde la imprecación, hasta el lamento.

## XCVI

La záfia multitud supersticiosa,  
que á la luz del crepúsculo, medrosa,  
vé aquel espectro en la mansión temida,  
trocado, al punto, en pánico el estruendo,  
por el camino se dispersa, haciendo  
la señal de la cruz, despavorida;

## XCVII

y ella, entre tanto que la noche cierra  
cual si se derramara por la tierra  
la lóbreguez de su conciencia triste,  
fija, tenaz, petrificada, idiota,  
sigue mirando en la extensión remota  
algo que sólo en su interior existe.

## XCVIII

La luna en su creciente, con el brillo  
de la hoja ensangrentada de un cuchillo  
sube en esto al cenit, hosca y rojiza,  
y silbando al pasar, lúgubre y lento,  
como nocturno malhechor, el viento  
á lo largo del muro se desliza.

. . . . .



## XCIX

Hoy cada otoño, cuando llega Octubre,  
y el campo yermo de aridez se cubre,  
y desolado, el bosque se despuebla,  
mientras va por recuestos y cañadas  
subiendo en ondulantes marejadas  
para anegar los páramos, la niebla;

## C

cuando del viejo torrëon, las aves  
al emigrar hacia los climas suaves  
antes que el duro temporal se inicie,  
pasan en negro, silencioso bando,  
que á lo lejos se pierde, proyectando  
una mancha de sombra en la planicie,

## CI

las hojas de los árboles escuetos  
que entrechocan sus brazos de esqueletos,  
danzan sobre el solar de esta vivienda,  
de la cual solamente en la comarca,  
con un escombros que la lluvia encharca,  
quedó una melancólica leyenda;

## CII

y en el rincón del pobre cementerio  
lleno de poesía y de misterio,  
donde descansa en paz la pecadora,  
sacude, polvoroso, el remolino,  
junto á una cruz de ennegrecido pino,  
las ramas de una planta trepadora.

FIN DE CONSUMMATUM



# EN EL ARROYO

(BOCETO)



## EN EL ARROYO



### I



URTIDO el rostro moreno  
que crespos cabellos orlan  
cayendo, desmelenados,  
bajo la terciada gorra;

descalzos los pies menudos,  
sobre la pierna nerviosa  
un pantalón de uniforme  
regazado hasta la corva;

tan desmedrado de cuerpo  
como gracioso de formas,  
con el dormir de la grulla  
y el despertar de la alondra,



*Primavera*, el rapazuelo  
que así en el suburbio nombran,  
por las calles, vagabundo,  
corre ó juega, duerme ó ronda,

en el alma la alegría,  
en los labios una copla,  
en las carnes un harapo,  
y en los ojos una aurora.

Cómo se encontró en el mundo  
con su libertad á solas,  
si en alguna parte hay alguien  
que lo recuerda ó lo llora,

¡qué sabe él! ¿quizás al viento  
pregunta la débil hoja  
de qué rama la ha arrancado,  
ni por qué causa la arrolla?

Nunca supo si se nace  
de una madre, si en la boca  
con que el negro pan se muerde,  
la oración y el beso brotan.

Se dijera que en el limo  
del arroyo encontró forma,  
que prestóle vida el viento  
que en las calles, libre, sopla.

Tiene, apenas, trece abriles,  
pero ya las frescas rosas  
de su faz la adolescencia  
precozmente descolora,

y á veces, á sus pupilas  
los relámpagos asoman  
de instintos que se despiertan,  
de pasiones que se esbozan.

Así corre, á la ventura,  
las veredas mil tortuosas  
del azar; así, jugando  
con la suerte, la provoca.

Pajarillo volandero  
que perdido entre la fronda,  
cualquier fruto picotea,  
en cualquier rama se posa,

no hay reparo que le ataje,  
ni peligro que le imponga,  
ni aprensión que le desvele,  
ni pesar que le conozca,

y en el borde del abismo  
se columpia sin zozobra,  
suspendido á un hilo de oro  
que los ángeles le arrojan.



Hállasele entre una turba  
de arrapiezos de su estofa,  
porque gorriones y niños  
por propio instinto se asocian.

Concurriendo en los cuarteles  
al banquete de las sobras,  
come el rancho, y con pimienta  
de donaires lo sazona;

duerme, ya sobre los bancos  
de una plaza, entre la sombra,  
ya en el quicio de una puerta,  
ya de un atrio en las baldosas.

En verano, á los caminos  
váse á coger zarzamoras,  
con las cuales, cara y manos  
embadurnadas, retorna;

por el invierno, hace hogueras  
en que saltando se goza,  
con ruidosos palmoteos  
y carcajadas sonoras.

Flota en el vivo tumulto  
de la ciudad como flota  
grano de arena en el viento,  
copo de espuma en las olas;

busca el ruido, que le atrae  
con atracción imperiosa,  
y acude allí donde hay gente  
que se atropella ó se agolpa.

Cuando alegrando la calle  
pasa formada la tropa,  
y las cornetas resuenan,  
y los tambores redoblan,

él va, silbando, en la fila  
que los gastadores forman,  
á los marciales sonidos  
de la charanga ruidosa.

Si procesión ó rosario  
salen de alguna parroquia,  
lleva su cirio entre un grupo  
de cofrades y devotas;

si hace corro la vihuela  
de un ciego, asmática y ronca,  
ganada á fuerza de puños,  
plaza en el círculo toma.

Lo mismo da á las campanas  
en una iglesia de monjas,  
que en las pedreas del río  
hace zumbiar á la honda;



igual se le halla gritando  
junto á una casa en que hay boda,  
que se le ve en un incendio  
correr detrás de las bombas.

Formada está de contrastes  
su alma adorable, aunque tosca,  
lo mismo que de jirones  
está zurcida su ropa;

pues inculta y delicada,  
descreída y generosa,  
tan inclinada á las burlas  
como á las lágrimas pronta,

á merced de los impulsos  
contrapuestos en que choca,  
bien y mal, á un tiempo, en ella  
se disputan la victoria.

Pero virtudes y vicios  
que en su fondo se eslabonan,  
á la luz de su inocencia,  
siempre en gracias se transforman,

como en flores ó en guijarros,  
si un rayo del sol las dora,  
del agua que el cielo llueve  
perlas son todas las gotas.

\* \* \*

¡Oh infancia, edén que, perdido,  
ya nunca más se recobra,  
patria de que en breve el hombre  
deja llorando las costas;

mar de encantadas riberas  
en cuyas tranquilas ondas  
el ave azul de los sueños  
sus plumas diáfanas moja;

contigo, hasta la miseria  
lujo de fiesta se torna,  
y sabe á miel perfumada  
dolor bebido en tu copa.

Por eso el niño, que aun lleva  
en sus pupilas absortas  
el vivo deslumbramiento  
de las eternas auroras;

que aun de los dedos divinos  
conserva la marca roja  
en su carne, en que amasados  
fueron jazmines y rosas,



encuentra luz y alegría  
en la desgracia y la sombra,  
y como en púrpura y sedas  
en un andrajo se arropa.

Pues al descender el ángel,  
envuelto en nube de aromas,  
desde la estrella que deja  
por nuestra morada lóbrega,

en tí halla un rayo postrero  
de los cielos que abandona,  
de los conciertos lejanos  
oye en tí la última nota,

y se detiene en los limbos  
de tu región misteriosa,  
donde ya empieza la vida,  
y aun no termina la gloria.

## II

Una tarde estiva, en que era  
la atmósfera aliento de horno,  
sobre el lecho de una acera  
se despertó *Primavera*,  
tras las horas del bochorno.

Al par que él, del aura al beso,  
que ya se alzaba á anunciar  
del crepúsculo el regreso,  
templando un tanto el exceso  
del ardor canicular,

la ciudad, también repuesta  
del letargo de la siesta,  
volver en sí parecía,  
y al despertar, se movía  
con el rumor de una fiesta.

En los rústicos verdores  
de jardines y de plazas  
saltaban los surtidores,  
como polvo de colores  
deshaciéndose en las tazas;



en las puertas, platicando  
se juntaban las vecinas,  
y allá arriba, en loco bando  
perseguiáanse, chillando,  
sin cesar, las golondrinas;

mientras dábanse señales  
de trabajo en los talleres,  
salían entre cristales  
blancas manos de mujeres  
á cuidar de sus rosales;

se plegaban las persianas  
rechinando, en su cornisa,  
y como bocas humanas  
se entreabrían las ventanas  
á los soplos de la brisa;

la lumbre del sol poniente  
fingía, á su refracción  
en las nubes de Occidente,  
el cráter incandescente  
de un volcán en erupción;

y á su resplandor postrero,  
la calle, de gente llena,  
tenía en su ámbito entero  
el bullir del hormiguero  
y el zumbar de la colmena.

Miéntas, sus párpados flojos  
el rapaz abrió, confuso,  
se irguió hasta hallarse de hinojos,  
y, restregando sus ojos,  
bostezó, y en pie se puso.

Miró en torno, vió la hirviente  
marejada del gentío,  
y de un salto, alegremente  
fué á lanzarse en la corriente,  
como un ánade en el río.

Allá va, huérfano obscuro,  
bien hallado con su cruz,  
y su destino inseguro,  
saciándose de aire puro,  
y embriagándose de luz.



En su franca risotada,  
¡cuál contrasta con lo fresco  
de su boca sonrosada  
la mueca desenfadada  
de su rostro picaresco!

¡Con cuánta desenvoltura  
contonea el cuerpo breve,  
y, una mano en la cintura,  
con qué jovial travesura  
la cabeza airosa mueve!

El sol, que ya sus destellos  
lanza cada vez más bajos,  
pero cada vez más bellos,  
al derramarse sobre ellos  
borda de oro sus andrajos;

Alguna trémula gota  
de sudor, que rutilante  
por su tersa frente brota,  
de diadema en ella rota  
finge un líquido diamante;

y en aquel triunfal paseo  
en que él trueca su camino,  
cada risa es un gorgéo,  
cada brinco un aleteo,  
cada vuelta un torbellino.

\*  
\* \*

Ya en tal punto, la amplia vía  
con el tropel desbordaba  
que creciente la invadía,  
y el muchacho, en compañía  
de otros varios, avanzaba.

«¿Véis—diciendo iba al pasar,  
con aquel encantador  
y atropellado charlar,  
semejante al borbotar  
del agua de un surtidor;—



»¿Véis esas grandes señoras  
en sus coches, arrogantes,  
vestidas, á todas horas,  
con galas deslumbradoras,  
y llenas de oro y brillantes;

»esas que tienen ujieres,  
y cuadras con tantos potros,  
que viven entre placeres,  
y que no parecen séres  
de carne, como nosotros?

»Una así era... ¡más hermosa  
todavía y principal!  
sería sí, y algo llorosa,  
como aquella Dolorosa  
que hay puesta en la catedral.

»Me llevaban... la veía,  
aturdido, unos momentos;  
después á hallarme volvía  
en la calle... sucedía  
todo así... como en los cuentos.

»¡Si viérais qué horas aquellas  
las que á su lado pasaba!  
¡Tenía cosas tan bellas!  
¡Y yo jugaba con ellas!  
¡Y eran de oro! ¡Y las tocaba!

»Sentándome en sus rodillas,  
me contaba alguna historia  
de guerras y maravillas;  
alguna vez, á hurtadillas,  
me besaba... ¡era la gloria!

»Luego, no la he vuelto á ver.  
Yo no puede comprender  
aquella felicidad.  
Pero así debe de ser  
tener madre ¿no es verdad?

Y quedóse mudo un rato,  
como absorto en algo grato,  
hasta que por fin, de pronto,  
prorrumpió con arrebató:  
«¡ea, al diablo; es que soy tonto!»—



Con vivo caracoleo  
pasan, miéntras, los carruajes,  
entre el polvo del paseo  
y el crujiente traqueteo  
de varillas y de herrajes.

Del látigo á los chasquidos,  
y á las sordas vibraciones  
con que ruedan, confundidos,  
retiemblan, estremecidos,  
los vidrios de los balcones.

Y las yeguas, engalladas,  
sacan chispas de los suelos,  
agitando, alborotadas,  
las cabezas, coronadas  
con movibles espejuelos.

Y en la niebla del ocaso  
se ven flotar, á su paso,  
pliegues de faldas, y plumas,  
como un mar de olas de raso  
con encajes por espumas.

Se alza, en esto, de repente  
sordo clamor, y la gente  
se aparta: una carretela,  
desbocado el tiro, vuela  
por la rápida pendiente.

Va en su interior una dama  
que, del indómito tronco  
á merced, favor reclama.  
Mira el niño, y — ¡ella! — exclama  
con un grito ahogado y ronco.

Entonces, á la manera  
que en el mar la indócil ola,  
paso se abre, al coche espera,  
se abalanza, á la carrera,  
y ase brida y muserola.

Los caballos, que se espantan,  
suspendido del rendaje,  
con un bote lo levantan,  
pero al ímpetu, se plantan  
resoplando de coraje.



Un momento el niño queda  
en el aire; al cabo, rueda,  
choca hierro, salta lodo,  
y á la par lo envuelve todo  
la revuelta polvareda.

\*  
\* \* \*

Cuando á poco, de tropel,  
corrió el pueblo hacia el rapaz,  
ya, de un salto, alzábase él,  
ensangrentada la piel,  
pero radiante la faz.

Leíase en sus miradas  
el celestial apetito  
de esas venturas soñadas  
allá en las noches heladas  
de desamparo infinito.

Parecía despertar  
á un destino superior,  
y con ansia adivinar  
el abrigo del hogar,  
las caricias del amor.

El ángel que en él dormía,  
las luminosas escalas  
entre sus sueños veía,  
y, esperanzado, batía  
por vez postrera, las alas.—

No bien, roto y polvoriento,  
se halló en pie, con paso lento  
junto á la dama se puso,  
y descubrióse un momento,  
embarazado y confuso.

Tendiéndole ella una mano  
del fino guante ceñida,  
corrió á estrechársela ufano,  
y fué á darle un sobrehumano,  
un primer beso en su vida.



Pero al asirla, sintió,  
con el roce de la seda,  
algo frío, el beso ahogó,  
y en las suyas oprimió  
la vil paga: una moneda.

. . . . .

Aun vió á la dama, anhelante,  
volver, temblando, la adusta,  
pálida faz un instante;  
oyó en seguida, vibrante,  
el restallar de la fusta;

fué con ira y desconsuelo  
perdiendo de vista el coche,  
alzó los puños al cielo,  
tiró el oro contra el suelo...  
y tuvo hambre aquella noche.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE BARCELONA

BIBLIOTECA

REG.

119607

SIG.



VARIOS

91

Res F Val/87